

## LAS DIMENSIONES DE LAS NUEVAS PROTESTAS SOCIALES<sup>1</sup>

*Maristella Svampa*

*4 de marzo 2002*

*En estas páginas provisionarias quisiera abordar tres temas: por un lado, el de la significación de la movilización social que se registra en la actualidad, sobre todo en la ciudad de Buenos Aires; por otro lado, algunas cuestiones acerca de los actores involucrados, particularmente las clases medias. Por último, quisiera indagar acerca de los desafíos y los límites que estas nuevas protestas plantean. Aclaro que el sentido de estas notas es menos el de plantear una serie de hipótesis más o menos generales, que el de proponer un conjunto de interrogantes y comparaciones que puedan ser disparadores de una discusión más amplia sobre estos temas.*

\* \* \*

Desde un punto de vista sociológico, las nuevas protestas sociales<sup>2</sup> que vienen desarrollándose desde el 19 de diciembre pasado involucran diversos niveles de acción, así como diferentes actores sociales y formas de organización colectiva.

Para comenzar, la protesta no es única sino variada y multiforme, aunque los grupos involucrados utilicen los mismos repertorios de acción, sobre todo los cancelos y escraches. En realidad, a medida que se profundiza la protesta, ésta gana en heterogeneidad y diferencia. Más aún, las nuevas protestas han ido configurando un arco en el cual podemos identificar, en el medio de posiciones muy variadas, dos claros extremos. En un primer extremo, encontramos la protesta llevada a cabo por los "ahorristas". Se trata de grupos de "damnificados" por el sistema financiero, que han visto perjudicado sus intereses y posiciones a raíz de la crisis y colapso del modelo anterior. La modalidad de la protesta está centrada exclusivamente en la acción directa: los escraches a los bancos. A diferencia de otros grupos, su interés no estriba en el desarrollo de

---

<sup>1</sup> Este artículo fue publicado en la Revista *El Rodaballo*, Buenos Aires, invierno de 2002, nro 14. Una versión reducida fue publicada en *L'Observatoire*. Université de Toulouse-Le Mirail, Francia .

<sup>2</sup> Aclaro que en estas notas no estoy incluyendo el tratamiento del movimiento piquetero, quienes tienen un rol señero en el diseño del mapa de las actuales luchas sociales en Argentina, y tendrán sin duda una presencia duradera.

nuevas formas de organización que buscan desafiar las formas institucionales del poder. Tal es así que muchos de ellos no participan de las asambleas barriales. Sociológicamente estos grupos se sitúan en el nivel más bajo de la acción colectiva, por el carácter defensivo y puntual de sus demandas.

En el otro extremo del arco se encuentran aquellos grupos de vecinos que se reúnen semanalmente en las asambleas barriales. Son quienes también se iniciaron en la protesta a través de los cacerolazos, pero fueron desplazando sus objetivos hacia la construcción de un espacio de acción y de organización colectiva. Estos mezclan una multitud de actores y de categorías sociales, entre ellos vecinos carentes de toda experiencia política, trabajadores precarizados y en conflicto y grupos de jóvenes, algunos ligados a micro-estructuras políticas de izquierda (sobre todo trotskistas).

En ambos extremos encontramos a aquella clase media urbana que bien puede endilgarse, más que el mote, el privilegio de continuar siendo una clase media "típica". Son "los que empataron", como me dijo alguien en broma una vez, entre los cuáles es posible encontrar no pocos profesionales, empleados y comerciantes. Pero es sin duda el segundo extremo el que revela una composición más heterogénea, pues reúne a diferentes sectores sociales procedentes de las clases medias, entre los que se destacan los perdedores del modelo neo-liberal: franjas de empleados, técnicos y profesionales, se trate del ámbito público o privado, ligados a la administración, la educación y la salud; empobrecidos, algunos con alto grado de inestabilidad laboral y otros sencillamente desocupados.

Por último, antes de entrar en tema, aclaro que esta distinción de los dos polos de la protesta no tiene por objeto separar la paja del trigo. Más bien, me interesa delimitar las diferentes expresiones que recorren el arco de la protesta, sugiriendo la existencia de niveles, pero sin olvidar lo vertiginoso y cambiante de la dinámica en la cual se inscriben y dialogan los diferentes sectores que participan de éstas.

## **1. Protesta y estallido del modelo**

El primer extremo reúne entonces algunos de los fragmentos del reciente estallido del modelo de convertibilidad. Estas multitudes, fusionadas por un sentimiento de cólera y de victimización, aparecen conformadas por dos categorías sociales

indisociablemente ligadas al modelo de convertibilidad neo-liberal, los ahorristas y, en menor medida, los endeudados.

Parte del estigma que recae hoy sobre el reclamo particular de ahorristas y endeudados tiene que ver con el hecho de que estas dos categorías sociales no sólo son representativas de cierta mirada mezquina y egoísta tradicionalmente atribuida a las clases medias, sino sobre todo porque ponen de manifiesto las relaciones “camales” que las clases medias tuvieron con el modelo. Por otro lado, su sola existencia confirma que, pese a su matriz excluyente, uno de los núcleos del modelo permitió la creación de un bolsón importante de pequeños y medianos beneficiarios dentro de las fragmentadas clases medias, sobre la base de la estabilidad de los precios y la paridad cambiaria con el dólar. A este núcleo apunta cierta crítica intelectual cuando ve y denuncia en ellos a los “beneficiados” por el modelo, inevitablemente “traicionados” por él, en la hora del colapso.

En el fondo, el fenómeno involucra y arrastra una de las imágenes más poderosas que impulsó y sustentó el modelo menemista: la del *ciudadano consumidor*. Pero es necesario insistir que esta imagen nunca aparecía aislada, sino inserta en una dinámica relacional. En efecto, la dinámica misma del modelo conllevaba la destrucción de puestos de trabajo y el aumento de las distancias sociales, al tiempo que abría algunos espacios de inclusión que, dicho sea de paso, no estaban ligados precisamente al ejercicio de derechos universales, sino más bien definidos por el acceso al consumo. Imposible ignorar la fuerza que fueron cobrando en esta época ciertos estilos de vida ligados a imágenes “primer mundistas” del consumo. El boom del consumo, sostenido por un dólar barato y por la apertura a las importaciones, (ya experimentada durante la época de la “plata dulce”), benefició no solamente a las clases altas sino a diferentes sectores de las clases medias, frustrados o imposibilitados por largos años de inflación. El sueño de la vivienda propia volvió a ser posible a partir de 1993, con la flexibilización de las condiciones de acceso al crédito (principalmente en dólares). El boom impulsó la construcción e importación de automóviles, la compra de electrodomésticos y el mercado electrónico, extendiéndose a productos típicos del “primer mundo”, como la telefonía celular, la televisión por cable y los viajes al exterior. Así, de la mano del endeudamiento y directamente ligada al plan de convertibilidad, el boom del consumo, llegó a tocar a diferentes franjas de las clases medias urbanas, repartidas entre sectores “protegidos”, como profesionales

y empleados jerárquicos del sector público y privado (con salarios fijos y estabilidad laboral), y sectores “competitivos”, como profesionales con altos ingresos, muchos de ellos con inestabilidad laboral.

Así, el reclamo de los ahorristas y endeudados, otrora protegidos por el modelo, abre el debate acerca del alcance de ciertas inflexiones operadas en la sociedad argentina: por un lado, pone de manifiesto los límites del modelo de convertibilidad, en el momento en que éste decide “liquidar” a uno de sus “beneficiarios”, aun si su suerte final aparece como el resultado de una puja de intereses pactada en las altas esferas políticas. El caso es que el colapso comienza por el eslabón más débil. Por ello, la acción de protesta de estos grupos de damnificados se inscribe en un clivaje que denuncia la oposición entre “el pequeño” y “el poderoso”, aunque dicha oposición permanezca siempre “particularizada”, en el marco de determinados criterios de justicia (el que alega que “uno vale –y debe valer- sólo uno y nunca menos que uno”). Finalmente, los arreglos políticos que realizó el gobierno de Duhalde confirmaron la suerte de los “nuevos perdedores”. Roto el antiguo pacto social, comienzan a perfilarse los nuevos criterios de “justicia”.

Por otro lado, y de manera más amplia, este reclamo particularista pone de manifiesto también el sentimiento de angustia y de frustración que atraviesa a vastos sectores medios, pues no sólo deberán adecuarse a los nuevos marcos de una “cultura de la inflación”, sino que se verán obligados a “renunciar” a los beneficios del consumo (a lo que se agrega el temor y el riesgo de perder aquellas propiedades adquiridas a través del crédito)

Lo cierto es que la imagen del “ciudadano consumidor” fue una de las pocas formas de ciudadanía o mecanismo de integración que el modelo de convertibilidad neo-liberal estuvo en condiciones de ofrecer a determinados sectores sociales. Para algunos, ésta formaba parte de la “utopía privatista” a la que adherían fervorosamente; para otros, era el puro resultado de la dinámica privatizadora. En ambos casos, ideológicos o pragmáticos, todos cerraron los ojos y aceptaron las “ventajas” del modelo.

De modo que, en medio de la reducción salarial, de la desocupación, de la inestabilidad laboral, de la pérdida de calidad de vida, siempre había un espacio – brechas que se abrían- en el cual confluían seducción individualista y estrategias de consumo, tal vez un espacio por donde se filtraba y desaparecía la llamada “buena

conciencia política”. Hoy ese espacio de afinidades electivas en el cuál se instaló cómodamente el pragmatismo ideológico, la estrategia individualista y la indiferencia social, desaparece a una velocidad prodigiosa.

En suma, el caso es que mientras algunas formas de ciudadanía (las que suponen una definición más universal del destinatario) se veían restringidas drásticamente (conculcación de derechos sociales, precarización, aumento de las desigualdades, reducción de oportunidades de vida), el modelo propulsaba el desarrollo de otras formas de ciudadanía ligadas a la integración al mercado y la inclusión por el consumo. Gran parte de la legitimidad del modelo se asentó en esta dimensión privatizadora y patrimonialista de la ciudadanía. Ninguna fuerza política del establishment se atrevió a cuestionar este núcleo duro del modelo: para el peronismo, éste constituía gran parte del éxito de su nueva alianza con los sectores medios y medios-altos; para los radicales y para los frepasistas, significaba nada más ni nada menos que amenazar la estabilidad —y las oportunidades de vida- de aquellos sectores que formaban parte de sus bases electorales. Más aún, parte del fracaso del proyecto de una tercera fuerza progresista y verdaderamente inclusiva se inscribe en este registro de complicidad con el modelo. Por último, dicha complicidad sentó las bases de la “mala fe” suicida que caracterizó los últimos años del modelo, forzando las fronteras entre lo real y lo posible.

Para el gobierno actual y aquellos otros que vendrán, la frustración de los sectores medios que ya no podrán realizarse como ciudadanos consumidores le plantea más de un problema: pues ¿cuáles serán entonces las estrategias de inclusión que se ofrecerán a los castigados sectores medios?

## **2- Las Asambleas barriales y el sentido de lo político**

El otro extremo de las nuevas protestas aparece ilustrado por las asambleas barriales. Estas reúnen diferentes sectores de las clases medias y bajas que vienen padeciendo, a través de la relación con el mercado de trabajo y de la reducción de sus expectativas de vida, los efectos negativos del modelo socio-económico. Cierto es que muchos de los vecinos asambleístas pertenecen a esas clases medias profesionales, ilustradas y “progresistas”, tan asociada a la vida de la cosmopolita ciudad de Buenos Aires. Pero sobre todo se ven muchos trabajadores empobrecidos y desocupados, además de jóvenes con expectativas radicales y muchos otros que realizan un primer

aprendizaje político. El caso es que aquí, en el medio de consignas anti-políticas, el ruido bullanguero de las cacerolas va cediendo lugar a la articulación de la palabra.

Pese a que en muchos casos el tono de los discursos tiende a transitar, casi sin solución de continuidad, de las reivindicaciones específicamente puntuales a las propuestas hiper-generales, es necesario distinguir, por lo menos, dos niveles diferentes.

En un primer nivel, es necesario subrayar la inscripción fuertemente barrial de estas movilizaciones. En este espacio no aparece sólo la gestión de las necesidades primarias. Es más grave, pues se trata de asumir la gestión en medio de un país en estado de emergencia social, el país declarado en estado de catástrofe. Esta exigencia por dar cuenta de demandas concretas nos hace pensar que una de las vías posibles de evolución de este movimiento es, no precisamente su proyección en la escena “mayor” de la política, sino su institución como expresión vecinal, de reivindicaciones concretas, dentro del espacio barrial. Desde esta perspectiva, el movimiento busca evolucionar entonces hacia una dinámica de autogestión de las necesidades básicas barriales, lo que ya se está ensayando con éxito desigual en diferentes barrios (distribución de medicamentos y alimentos; constitución de bolsas de trabajo para los vecinos del barrio, entre nuevas modalidades de “protección vecinal”).

En el comienzo, el hecho de que la gente se hiciera “cargo de sí”; aparecía como un producto acabado de un proceso de privatización, (la exigencia de la auto-regulación, a partir del retiro del Estado). Ahora el colapso del modelo neo-liberal potenció esta suerte de auto-regulación exigida o impuesta por las circunstancias, y terminó por profundizar aún más la brecha entre la gestión pública, la clase política y la sociedad. Así, la desconfianza se extendió no sólo hacia lo público, sino también hacia lo privado. Ahora bien, de efectivizarse, esta gestión solidaria tendría un impacto importante a otro nivel, pues supondría un desplazamiento del “habitus liberal”, a partir de la articulación de una lógica de intereses con una lógica de la solidaridad. Esto no es poco, si pensamos que la organización colectiva apuntaría a fomentar la recreación de los lazos de sociabilidad y de reciprocidad, socavados por largos años de neo-liberalismo, avanzando en el establecimiento de compromisos y obligaciones sociales sobre nuevas bases solidarias, necesarias para la reformulación de un nuevo pacto social.

En un segundo nivel, es necesario abordar los sentidos que adopta lo político en la acción de este incipiente y complejo movimiento social. Nadie ignora que el fuerte carácter anti-político de la movilización presenta como elementos centrales la demanda de democracia directa y/o participativa y el cuestionamiento de toda forma de representación o de delegación de soberanía.

Originariamente, dicha protesta anti-política tuvo dos modulaciones que aparecían contrapuestas. Por un lado, estaban *las clases medias*, cuya decepción y orfandad política ya se había hecho notoria en las elecciones de octubre de 2001, acentuada por la profundización de la crisis económico-financiera, que estalló con la imposición del corralito financiero. Pero, por otro lado, estaban también *los jóvenes "violentos"*. El aparente divorcio entre estos dos protagonistas era alimentado por el discurso de los medios que insistía en "separar" o dividir en dos fases la acción de la protesta: una pacífica, encabezada por las "familias" de clases medias; otra violenta, liderada por los jóvenes pertenecientes a grupúsculos de extrema izquierda. En definitiva, lo que se ocultaba en esta primera etapa es que la protesta violenta de los jóvenes (muchos de los cuales no respondían a ninguna micro-estructura política) tenía también un fuerte registro anti-político. No olvidemos que, desde hace más de una década, los jóvenes sufren en carne propia la experiencia de la exclusión económica y social del modelo neo-liberal, constituyendo la franja más afectada por la desocupación y la marginalidad. Ellos también expresan otro rostro de la "negatividad", pero a diferencia de los sectores medios, una parte importante de los jóvenes argentinos de hoy tiene escasos intereses económicos o posiciones sociales que defender. No es raro que la bronca alcanzara modulaciones radicales, como bien pudo verse durante las primeras semanas de cacerolazos. Por otro lado, no olvidemos que los jóvenes, más que cualquier otro grupo social, han sido las víctimas privilegiadas de la "maldita policía", que ha venido perfeccionando con ellos –y sobre sus cuerpos- una metodología de guerra sucia a lo largo de las últimas décadas. Por ello tampoco es casual que el odio a la "yuta" alcanzara en los jóvenes del más variado pelaje social, proporciones tan altas como el desprecio a los políticos. En suma, lo que la información proporcionada por los medios desdibujaba es que los reclamos de los jóvenes, despojados de futuro, son tan legítimos como aquellos de las clases medias, que se deslizan hoy entre el desarraigo político y la angustia económica.

Así, los primeros cacerolazos tuvieron dos protagonistas centrales que la irrupción de las fuerzas represivas pugnó todo el tiempo por separar: amplios sectores de clases medias y grupos de jóvenes. Ahora bien, estos actores encontraron su espacio de articulación –bajo la forma de la convergencia o del conflicto latente- en las asambleas. En esta nueva etapa el movimiento va cobrando forma propia y, sobre todo, cierta unidad dentro de la heterogeneidad.

Quisiera realizar ahora algunas observaciones sobre el carácter de estas asambleas. En primer lugar, hay que decir que los asambleístas que semanalmente se reúnen en sus respectivos barrios y los domingos, en Parque Centenario, fueron realizando esfuerzos por incluir reclamos generales, despegándose de esta manera de un tipo de protesta que contó en su núcleo primario con la participación central del “danmificado”, en sus diversas categorías definidas por la relación con el sistema financiero. En efecto, la movilización ha ido evolucionando muy rápidamente hacia la inclusión efectiva de reclamos más amplios, que suponen la incorporación de demandas de sectores definidos ya por su relación con el mercado de trabajo (desocupados, trabajadores estatales y privados, tradicionalmente más “movilizables”). Los cruces han avanzado, pues, en sentido positivo.

Me parece importante insistir en las consecuencias de la “aceleración del tiempo”. A veces nos olvidamos del carácter increíblemente vertiginoso que tienen estos hechos extraordinarios que atraviesan nuestra sociedad y, la más de las veces, nos demuelen. Es que en el medio de esta crisis omniabarcadora, nuestra percepción del tiempo se ha visto modificada. Así, en un par de horas o de días pueden sucederse, no sólo varios presidentes, sino varios mundos reales y posibles que expulsan o bien dejan adentro a diferentes categorías sociales, determinando gran parte de sus futuras oportunidades de vida. Digo esto porque a la hora de realizar un primer balance de lo que ha aportado este incipiente movimiento social resulta oportuno tener en cuenta cuán exigentes hemos sido para con él en este corto e intenso período que lleva poco más de dos meses.

Así, por ejemplo, durante el mes de enero, mientras “desde arriba”, en la escena política se dirimía una lucha feroz de intereses, los grandes medios de comunicación buscaban asimilar (y reducir) las nuevas protestas al solo reclamo – puntual- de los “danmificados” por el corralito financiero. Por otro lado, no eran pocos los que exigían (y exigíamos) que la protesta debía asumir un carácter más



“universal”, al tiempo que debía resolver su carácter anti-político, elaborando una propuesta de alcance más general.

En segundo lugar, si es cierto que los movimientos sociales tienen por función interpelar al poder y las instituciones -sobre todo en las primeras etapas-, bien valdría la pena preguntarse si no es un despropósito demandarles un esfuerzo de institucionalización (por ejemplo, a través de la creación de instancias de mediación que posibiliten la relación con dimensiones más institucionalizadas de la política); y más aún tratándose de un movimiento cuyo eje gira en torno de la crítica de las clases políticas tradicionales y de las formas de representación. Sin embargo, este primer reconocimiento no basta para despejar la problemática del alcance y/o los límites de lo político que enfrenta un movimiento social. Más bien es necesario que nos introduzcamos plenamente en esta problemática.

### **3. Un excursus por los años '70**

Si se me permite, para ilustrar este tema quisiera comenzar haciendo un excursus por nuestra historia reciente. No es que niegue el carácter específico y novedoso que tienen las protestas actuales, pero estas formas de movilización tan renuentes a la institucionalización me hacen evocar aquellas otras que marcaron la primavera camporista. Me refiero a las “tomas” ocurridas entre mayo y fines de junio de 1973. No ignoro que existen diferencias evidentes entre las “tomas” de ayer y las “asambleas barriales” de hoy, pues mientras las primeras se pensaban en correspondencia con un liderazgo político y buscaban expresar proyectos ideológicos en pugna, las segundas se realizan en un contexto de desintegración social y de vaciamiento del sistema político. Pero, lo que es importante tener en cuenta es que, como sucede en la actualidad, aquel período mostraba una sociedad movilizadora cuya participación desbordaba claramente los canales previstos por la institucionalización y que, prontamente, habría de estrellarse (y ser estrellada) contra determinados límites internos y externos.

. Recordemos que las “tomas” fueron hechos de acción directa que llevaron a la ocupación de hospitales, escuelas, universidades, varias comunas del interior, diarios, canales de televisión, organismos oficiales, fábricas, inquilinatos, entre otros. Estas

acciones no respondían a una conducción unificada e involucraban actores de variado tipo, desde individuos desarraigados hasta funcionarios de gobierno, desde activistas y simpatizantes del ala izquierda hasta, en algunos casos, militantes de la derecha peronista. Muchas eran realizadas en nombre de la lucha “anti-continuista”; otras, con el objetivo de desarrollar propaganda armada. Lo cierto es que la movilización alcanzó picos de verdadera insurrección; así entre el 4 y 15 de junio de 1973 se produjeron casi 500 tomas de distinto tipo en todo el país y se calculan unas 2000 para el período de referencia<sup>3</sup>.

Por otro lado, las tomas fueron muy difundidas por los órganos de prensa, muchos de los cuales no ocultaban el desagrado que les provocaba la inacción del gobierno. Los grandes actores corporativos no tardaron en manifestar su disconformidad, criticando la “tolerancia complaciente” del gobierno, lo cual contribuyó a generalizar la imagen de descontrol y caos social que habría de reprocharse a la gestión de Cámpora. Por otro lado, tanto desde la izquierda como desde la derecha, no serían pocos los que verían reforzada su convicción de que se hallaban frente una “situación pre-revolucionaria”.

Finalmente, aunque el entonces ministro del interior (E. Righi) había saludado a esos hechos como “saludables”, considerándolos como efecto de la descompresión política, es claro que la situación habría de generar ambivalencias que prontamente se convirtieron en dilemas insostenibles. Así, las tomas marcaron un primer punto de conflicto y, a la vez, de separación entre el peronismo en el poder y la sociedad movilizada. Para ser breves, la movilización fue finalmente desactivada. No es casual que la presión por terminar con esta fase de efervescencia popular fuera mayor durante aquellos días en que se definía la firma del pacto social<sup>4</sup>.

En suma, hay dos cuestiones que me interesa subrayar aquí, para no desviarme del tema y pensar más acabadamente el problema de los “límites” internos y externos de un movimiento social: la primera de ellas es que el rápido proceso de efervescencia

---

<sup>3</sup> Las tomas fueron rápidamente desactivadas “desde arriba”, ante la inminencia –y la presión– de la firma del “pacto social” que Perón logró acordar entre los empresarios y los sindicatos. Existe un trabajo de F.Nievas sobre el tema de las “tomas” (2000), “Cámpora: primavera-otoño. Las tomas”, en A. Pucciarelli editor, *La primacía de la política*, Buenos Aires, Eudeba, pp. 351-393.

<sup>4</sup> El 14 de junio, el todavía secretario general del MNJ, Juan Abal Medina, utilizando la Cadena Nacional de Radiodifusión, exhortó a poner fin a las tomas. Dos días más tarde, la JP apoyaría el pedido, a través de un documento avalado por todas las regionales.

ligado a las tomas, así como su forzada desactivación, fue sin duda uno de los hechos centrales del período, pues marcó un movimiento crucial, de separación en este caso, en la dinámica de la relación entre un sistema político en recomposición y la sociedad civil movilizada.

La segunda remarca reenvía al tipo de militancia propio de la década de los '70<sup>5</sup>. El ethos de los '70 se caracterizó por la desconfianza en las vías reformistas y el desprecio por el sistema partidocrático. Su encarnación más acabada fue la figura del militante político, definido por una "mística" revolucionaria, vale decir por un compromiso que se postulaba como permanente y radical. Las formas de acción y movilización del período eran diversas e incluían no sólo la violencia, sino las manifestaciones, las pintadas, la acción barrial, la militancia en las villas. Combinados, estos repertorios de acción irían definiendo los marcos sociales y culturales a partir de los cuales toda una nueva generación de militantes se dotó de una identidad política.

Ahora bien, en términos de militancia, el ethos de los '70 tuvo dos inflexiones mayores: una específicamente "movimientista", que aparece ilustrada por el multifacético frente bautizado con el nombre de La Tendencia (que, aunque conducida por Montoneros, lo desborda claramente). Nada ejemplifica mejor el talante movimientista que las "tomas" realizadas durante la corta primavera camporista, época en la cual coincidieron *el máximo grado de movilización con la máxima aspiración al cambio*. La otra inflexión, mucho más estudiada por la bibliografía tradicional, es de corte "militarista", y aparece encarnada a cabalidad por las organizaciones guerrilleras.

Aunque había entre ambos una solución de continuidad, los dos tipos de militancia desbordaban ampliamente el marco propio del sistema democrático-populista y amenazaban por ello la escasa estabilidad del régimen recién instaurado. Pero resulta claro que, en la época, la inflexión militarista predominó y se impuso por sobre la inflexión movimientista. Así, aún antes del golpe de estado de 1976, éste último fue notoriamente neutralizado tanto por las exigencias del populismo en el poder, como por la demanda de articulación entre militancia revolucionaria y lucha armada.

Por último, antes de volver al presente, bien vale la pena preguntarse ¿cuánta gente se acuerda hoy de las "tomas", cuando se alude a aquellos controvertidos años '70? ¿Cómo pudo suceder que siendo una de las imágenes fuertes del período, éstas

---

<sup>5</sup> Me permito retomar ciertos temas que desarrollé en un trabajo en vías de publicación, "El populismo imposible y sus actores: 1973-76", 2001.

perdieran “importancia” en perspectiva histórica, quedando solo en el recuerdo memorioso de algunos militantes, por no decir de los “estudiosos” del tema? ¿Sólo puede explicarse esto porque esta dimensión más movimientista de la militancia fue coartada y reprimida antes del golpe de estado de 1976? ¿O bien, este “olvido” tiene que ver antes con el hecho de que lo propio del talante movimientista es su carácter volátil y fugaz, lo cual explica su evolución o absorción en instancias más institucionalizadas o más radicales de organización?

Bien valdría la pena repensar si no hay trazas de ese talante movimientista<sup>6</sup> – volátil y tal vez fugaz- en las asambleas barriales. No olvidemos, por otro lado, que, diferencias aparte, tanto en los ´70 como actualmente, hubo y hay una importante cobertura de los medios a estos hechos de rebelión que cuestionan el sistema institucional. Por último, en su mayor parte las asambleas se hallan circunscriptas a los límites de la capital porteña, por lo cual habría que preguntarse si no hay que relativizar el impacto que éstas puedan tener a nivel nacional.

Pero acaso sea falaz intentar un ejercicio de “perspectiva histórica”, pues no es posible sopesar el alcance de estos hechos, cuando aún el ciclo sigue abierto. El interrogante mayor debe desplazarse a los “límites” que estos movimientos desarrollan en su modo de concebir la política.

#### 4. Paradojas de la política

En los últimos años hemos vivido las consecuencias de una creciente reducción de la política, visible en cuatro declinaciones. La primera y fundamental es que desde un punto de vista societal, de Menem a De la Rúa, los gobiernos mostraron a cabalidad hasta dónde era posible llegar en el proceso de *subordinación de la política a la economía*. Inútil detenerme en tamaña evidencia si no es para recordar su carácter extremo e hiperbólico.

Segunda declinación: desde arriba, la política se redujo a la proliferación de *liderazgos personalistas* que, alimentados, en mucho, de pura *sustancia mediática*, fueron desechando uno a uno cualquier posibilidad de conexión con estructuras de base. Más

---

6. El movimientismo como matriz socio-política no se limita a la sola experiencia peronista de los años 70 (en este caso estrechamente ligada a una concepción del estado y del líder). Es necesario comprender el movimientismo, en su núcleo mínimo, como una concepción de la política que, por su carácter radical y participativo, desborda toda acción política institucional y tiende a afirmar – aunque de manera volátil y evanescente- la autonomía de lo social.

simple, el devenir mediático de la política se realizó en detrimento de cierta concepción del vínculo político, aquella que afirma que éste sigue dependiendo en gran medida –y *malgré lui*– de la construcción de estructuras de organización y de participación (un problema central, sobre todo, en las nuevas terceras fuerzas). Sin embargo, durante años estas “estructuras” aparecieron como sospechosas de clientelismo o, peor aún, de movimientismo.

Pero detengámonos un instante en el « movimientismo », pues en las últimas décadas éste fue asociado a formas muy cuestionadas de la política, básicamente el autoritarismo de masas y la representación unanimista de la sociedad, dos rasgos que para muchos bastaría para explicar la tragedia de los años ´70. Por otro lado, durante los años ´80, la recomposición del sistema político argentino se operó sobre el fondo de una doble crisis, de representación y de participación. En otros términos, la particularidad no era tanto que nuestro sistema institucional fuera más participativo que representativo, sino que la salida e institucionalización se operaba sobre el doble fondo que aludía tanto a la crisis de las formas clásicas de representación política, como a la crisis y desvalorización del movimientismo. Quizá una revisión de estos lugares comunes que atravesaron tanto las formas de hacer política como sus interpretaciones desde el saber politológico, nos ayudaría a comprender parte de la crisis actual.

Tercera declinación de la política, que solamente me interesa enunciar. Hacia abajo, y en especial, a través del peronismo, *la política mostró hasta qué punto ésta podía reducirse a la sola gestión de las necesidades insatisfechas*, clientelismo afectivo mediante.

En fin, hay una última declinación, que a la vez debe leerse como corolario de este proceso, que es la *autorreferencialidad de la política*, no sólo visible en la autonomía de los líderes y los partidos en relación al electorado (por ejemplo, en la falta de “accountability” o de consolidación de democracias decisionistas o de una “democracia delegativa” , al decir de O’Donnell), sino también en la tendencia a realizar acuerdos y pactos secretos, sustrayendo las decisiones políticas incluso al debate parlamentario.

En suma, la separación entre las clases políticas y la sociedad se ha declinado de diversas maneras, aunque sin duda, una de las consecuencias mayores de este proceso haya sido el alto grado de autorreferencialidad de la política y, como tal, su disociación con lo social, en sus más diversas expresiones.

Sin embargo, en la actualidad, las nuevas protestas han respondido a la autorreferencialidad de arriba con la autorreferencialidad de abajo. Y si no, ¿cómo no ver en las asambleas barriales una cierta tendencia al encapsulamiento, visible en la voluntad radical de separación así como en la negación de la delegación de la soberanía? A todos

nos resuena la consigna que sintetiza esta voluntad de ruptura, que se repite en cada asamblea, “que se vayan todos y que no quede uno solo”. Al mismo tiempo, ¿Cómo no ver una suerte de repliegue narcisista que nace de la idea de la “recuperación del protagonismo”, visible en la urgencia que la gente tiene por tomar la palabra, hablar, conocerse y “descubrirse”? Recupero una frase que escuché en una asamblea barrial, hace poco más de diez días: “Este protagonismo que retomamos desde el 19 de diciembre, yo no lo quiero devolver, aunque no sepa qué hacer con él”. Interesante inflexión: la frase se asienta sobre la afirmación de lo político como capacidad de acción y protagonismo; pasa de lo colectivo a lo individual, aunque la acción late y termine por instalarse entre la radicalidad y el vacío.

Lo cierto es que la crisis, como disociación, tiende a colocarnos frente a dos mundos autónomos y paralelos. Y esto es válido no sólo para los líderes y partidos políticos, en fin, para las instituciones del sistema político, sino también para las bases movilizadas.

Ahora bien, frente a la disociación se plantean diferentes posturas. Para los representantes del partido del Orden, la solución parece ser sencilla y hasta reduccionista. Se trata de aquellos que no pueden pensar el fenómeno sino desde los límites clásicos de la política instituida. Son los que postulan en un primer plano las exigencias del poder constituido frente al fuerte cuadro de descomposición social. Una posición conservadora que se nutre del miedo a las multitudes y, en el fondo, de la condena de toda forma de movimientismo que, no por casualidad, ha sido una de las notas que atraviesa las formas de hacer política propias del sistema político argentino, desde mediados de los '80 en adelante.

Por otro lado, para aquellos que se sumergen en el proceso (y se dejan “contaminar” por él) se trata de respetar esta voluntad radical del acontecimiento, su carácter innovador y poderosamente instituyente. Es la posición de cierta izquierda que, sin confundirse con el populismo, se sumerge en el movimiento buscando desarrollar una acción horizontal y democrática. La expectativa pasa aquí por la construcción de una nueva subjetividad política, pero una subjetividad renuente a toda institucionalización, que se recrea y se construye una y otra vez, indefinidamente, en cada movimiento. “Es evidente de qué enormes contradicciones está cargada esta tensión al aislamiento de lo social: toda crisis social, que inevitablemente roza y perturba lo político, suena como un aviso de muerte de las teorías de la separación”. La frase pertenece a T. Negri<sup>7</sup>, quien se ha ocupado de estudiar dicha cuestión a través del paradigma del “poder constituyente”.

---

<sup>7</sup> A.Negri (1994), El poder constituyente. Ensayo sobre las alternativas de la modernidad, España, Libertaris/Prohufi, p. 396.

En realidad, creo que lo más importante de la lectura de Negri no es tanto que el concepto deba situarse en el contexto de una nueva racionalidad “más allá de lo moderno” (lo cual ayuda a comprender la unidad de análisis que propone: las “multitudes”, hoy “posmodernas”); sino sobre todo, lo que él considera como la naturaleza íntima del poder constituyente, desde el comienzo de los tiempos: su carácter innovador, abierto, radical y absoluto. En otros términos, y por sobre todas las cosas (y sin duda, desde un pensamiento que ya no se construye desde la utopía, sino desde la distopía, esto es, desde una ontología negativa), lo propio del poder constituyente es que éste no niega la crisis, sino que la hace interior al concepto.

Por último, para aquellos que buscamos dar cuenta de las ambivalencias del proceso, la disociación aparece como un dilema: pues, ¿cómo pensar en la posibilidad de reconocimiento del poder constituyente, sin traicionar sus demandas, sin desnaturalizar su talante innovador, y, al mismo tiempo, sin abandonar la idea de que el paradigma de la política debe asentarse, en definitiva, sobre la idea de la articulación? En esta dirección, uno de los desafíos actuales es, sin duda, pensar cómo se puede resignificar políticamente esta búsqueda por refundar lo político “desde abajo”, sin renunciar a las exigencias de la representación.

¡Vaya desafío entonces el que se presenta para aquellos que buscamos pensar el paradigma de la política desde la articulación! Prefiero retomar –y subrayar– la noción más imprecisa y modesta de “articulación” que la de “mediación”<sup>8</sup>, pues la primera tiene el mérito de instalarnos en el terreno más complejo y más cenagoso del reconocimiento de la separación de niveles; y con todo, sustenta la idea de que el poder constituyente de las multitudes debe vincularse –y por ende, traducirse– en poder constituído. En los términos clásicos de la teoría de la acción colectiva implica afirmar la tensión permanente, más que el pasaje, siempre problemático, entre el movimiento y la institución.

Pero además de ello, nos enfrentamos con otras paradojas. En los años 70, el poder movilizador de la sociedad inscribió su acción (utópica) en la intersección de dos creencias mayores, íntimamente ligadas: por un lado, la esperanza, un valor que recorría a la sociedad de la época; por el otro, la afirmación de que los sujetos tienen la capacidad de cambiar la historia. Hemos dicho que esta movilización no sólo se estrelló contra la violencia ejercida desde arriba, esto es, con el poder represivo de las dictaduras, sino, sobre todo, tanto contra las demandas de institucionalización del régimen populista (1973), así como con las exigencias propias de la lucha armada. Desde la militancia, y

---

<sup>8</sup> La noción de “mediación” tiene connotaciones hegeliano-marxistas, pues conlleva la idea de un proceso dialéctico que inscribe y disuelve las contradicciones; así, la síntesis es ya una “superación” de las contradicciones dentro de la totalidad.

sobre todo en clave peronista, la primera gran tragedia de la época se juega aquí; expresada en el desgarramiento y el sentimiento de traición que experimentaron tantos militantes que habían adherido a un firme compromiso de cambio.

En la actualidad, el poder movilizador de la multitud desarrolla su acción en el marco de dos creencias mayores: por un lado, la desesperanza, un valor que recorre a la sociedad argentina en su totalidad, consciente de que atraviesa una crisis terminal; por el otro, la afirmación de que los sujetos han *recuperado* la capacidad de hacer la historia. En todo caso, las limitaciones a sus aspiraciones no provienen ni de un partido, ni de un líder ni de una organización armada, supuesta encarnación del sujeto histórico. La acción se piensa desde la ruptura respecto de la política representativa, oscilando entre la creatividad y el vacío. Como bien expresara H. González, “estas multitudes se piensan sobre la base del abismo” (Página 12, 1/03/2002).

Así, el riesgo de encapsulamiento del movimiento es producto menos del carácter heterogéneo y múltiple de sus manifestaciones que del vacío relacional en el cual se instala, de su carácter verdaderamente “crítico” y disociador. Pensar algunos de los dilemas a los cuales nos confronta esta brecha o disociación nos interpela hoy en tanto ciudadanos e intelectuales y, por supuesto, no nos exime del riesgo de encapsulamiento que se extiende hoy a tantas realidades.

\*\*\*

#### **Post-scriptum (15 de mayo)**

*Ignoramos si las asambleas barriales, a diferencia del movimiento piquetero, han llegado para instalarse de manera duradera en la sociedad. No sabemos todavía cuál será su destino o su configuración definitiva, aunque suponemos que éstas evolucionarán, mas modestamente, hacia formas de auto-gestión vecinal y de control de gestión local. Pero sin duda, aunque su protagonismo no haya sido sino episódico, propio de un período de efervescencia (como bien sucedió con las tomas de los '70), y aunque la tendencia al encapsulamiento sea cada vez mayor, las asambleas barriales han sido -y son todavía, a la hora actual-, portadoras de demandas auténticamente reconfiguradoras de la política argentina.*